

somos crueles ni inconsiderados (1). A Dios toca el dar la salud, y á nosotros esperar que vuestro Abad se mejore. Cuando venga aquí encontrará en nosotros otros tantos padres y hermanos: no nos es desconocido; ¿qué digo? es nuestro amigo. Si en otro tiempo vino para confundir á Nestorio ¿con qué premura no debe venir para disculparse á sí mismo? Somos hombres y estamos espuestos á errar, y ¡oh! ¡cuántos hombres grandes se han engañado! No es vergonzoso dejar el mal camino, sino perseverar en él. Venga con confianza, que nosotros perdonamos lo pasado: yo le he conocido y estimado antes que vosotros mismos le conociérais; y por último afirmamos para lo futuro que se conformará con los sentimientos de los Padres sin jamás contradecirlos; esto es indispensable. ¿Acaso pretendo yo su ruina ó su envejecimiento? No lo quiera Dios; mas vosotros conocéis el celo de su acusador, con el que el mismo fuego puede parecer frío. Dios sabe cuánto he hecho para moderarle; ¿pues qué me restaba hacer?"

19. Efectivamente se tomó el partido de esperar, y Eutiques finalmente el de comparecer; y así el lunes 22 de Noviembre, día de la séptima y última sesión, vino con una compañía numerosa de soldados, de monges y de oficiales del Pretorio bajo la conducta y protección del Patricio Florente, que tuvo terminante orden de venir al Concilio con el título de defensor de la fe. Por mas desagradable que fuese este aparato á los Padres, no dejaron de hacer acla-

(1) *Concil. Chalced. act. 1. pag. 206.*

maciones al Emperador: lo que manifiesta que eran comunmente de pura ceremonia; y por lo demás en nada mostraron debilidad. Pusieron en medio de la asamblea al acusado y al acusador los dos en pie, y se leyó la relacion de todo lo que se habia hecho hasta aquel entonces. Cuando se llegó á los puntos importantes de la fe de Eutiques, quiso preguntarle el Patricio ¿si era aquella su creencia? Pero el Obispo de Dorilea mostró temer que se diese libertad al acusado por una profesion de fe tocante solo á lo venidero, sin que se tratase de lo pasado, y que en su consecuencia se le tuviese por calumniador; y tanto mas temia, quanto el herege le amenazaba con el destierro, y ya se hablaba del desierto de Oasis, como el mas espantoso á donde se le pudiese confinar.

El Patriarca desvaneció estos temores, y haciendo la prueba de las aserciones anteriores de Eutiques, creyó Flaviano que debia hacérselas retractar; y le preguntó si reconocia en Jesucristo la union de dos naturalezas? „Sí, contestó, de dos naturalezas. ¿De dos naturalezas despues de la Encarnación? replicó al punto Eusebio; ¿lo confesais? y que Jesucristo nos es consubstancial? Este era el punto esencial de la dificultad. El herege dándose traza de eludirle, contestó que no habia venido á argumentar ni debia discurrir sobre la naturaleza divina. „Pero en fin, dijo el Patriarca, ¿no creéis que el mismo Jesucristo, Hijo único de Dios, es consubstancial á su Padre segun la divinidad, y consubstancial á nosotros segun la humanidad? ¿Qué riesgo encontrais en confesar la mis-

ma fe que nosotros? Nosotros no innovamos nada, y seguimos simplemente la doctrina de nuestros padres. Eutiques contestó: hasta ahora yo no lo he dicho; creía que el cuerpo de Jesucristo es el cuerpo de un Dios, y no afirmo que sea el cuerpo de un hombre, sino un cuerpo humano, habiéndose encarnado el Señor de la Virgen; pero si es preciso añadir que nos es consubstancial, yo lo repito, siguiendo á vuestra Santidad. ¿Luego no por necesidad, dijo Flaviano, confesais la fe, y segun vuestra opinion? Tal es, replicó, mi actual disposicion. Antes de ahora, como sé que el Señor es nuestro Dios, temia ratiocinar sobre su naturaleza; pero pues vuestra Santidad me lo permite y me lo enseña, digo lo mismo que Vos."

20. Como esta estraña modestia ofendia aun á sus propios protectores, le preguntó el Patricio ¿si creía ó no que nuestro Señor despues de la Encarnacion tuviese dos naturalezas? Eutiques respondió que reconocia dos naturalezas antes de la union; pero que despues de la union no confesaba mas que una. Entonces cansados los Padres del estilo enigmático de este monge artificioso, á quien no habian podido reducir á esplicarse de este modo sino despues de largos rodeos, le declaró el Concilio, que era preciso anatematizar claramente todo lo que era contrario á la doctrina que se le acababa de proponer. „Ya os he dicho, replicó, que yo no seguia antes esta doctrina; mas al presente que Vos me la enseñais; sigo á mis Padres; pero no la he visto claramente en la Escritura, y los Padres mismos no todos la enseña-

ron. ¿Malhadado de mí, si profiriera este anatema! esto seria condenar á los santos Doctores." Alzáronse entonces todos los Obispos, clamando con indignacion: *sea él mismo anatema. Juzgue el santo Concilio*, dijo Flaviano, *á este hombre que no quiere confesar claramente la fe, ni someterse al sentir de sus jueces.* Luego volviendo á su carácter de bondad y dulzura, le representó que aun podia obtener el perdón si confesaba su error, y apoyándole el Patricio, le dijo: „pensadlo bien, Eutiques: ¿qué trabajo os cuesta confesar con la Iglesia dos naturalezas en Jesucristo, y que nuestro Redentor es consubstancial á nosotros? El obstinado viejo respondió: he leído en San Cirilo y en San Atanasio, que Jesucristo tenia dos naturalezas antes de la union; mas despues no hablan sino de una. Pero en fin, insistió Florente, ¿confesais dos naturalezas despues de la union? Eutiques contestó: haced leer á San Atanasio, y vereis que no dice tal cosa. Si no lo creéis así, dijo Basilio, Obispo de Seleucia, vos haceis una confusa amalgama. El que no confiesa dos naturalezas, añadió Florente, no profesa la creencia verdadera."

Crejó todo el Concilio que no debía emplear mas paciencia, y así se levantaron los Padres y dijeron: „por fuerza no se hace creer; pero la fe triunfa del orgullo y de la obstinacion. Largos años al Emperador y largos años á los protectores de la santa doctrina: el herege no se rinde, dejad de preguntarle y de lisongear su pertinacia." El Obispo Flaviano falló al momento sentencia de excomunion y deposicion, á

la que suscribieron treinta y dos Obispos y veintitres Abades, sacerdotes los mas del ellos, y de los cuales el mas venerable era San Marcelo, superior de los Acemétas.

Este santo Abad era natural de Siria, é hijo de una familia muy rica; habiendo muerto sus padres, dejándole señor de sus grandes bienes en la flor de su edad, los repartió entre los pobres, y vino á Constantinopla á encerrarse en el monasterio del ilustré San Alejandro, de quien quiso ser imitador perfecto (1). Cuando le obligaron á sucederle, guardó todo el recogimiento y modestia de un simple religioso. Su desinterés llegó á tal extremo, que distribuyó á otros monasterios los bienes de una nueva herencia que su hermano le habia dejado: rasgo de los mas admirables en la vida cenobítica; pues en los monasterios no deja de estimarse que el monge prefiera su propia comunidad en la donacion de sus bienes. Mas entre todas las virtudes (que el cielo mismo testificó con grandes milagros, y especialmente con la prodigiosa resurreccion de un muerto) lo que mas distinguia al Abad Marcelo, era su odio á las novedades contrarias á la doctrina de la Iglesia.

21. Eutiques en el entretanto escribió al Papa, quejándose de que se le habia condenado sin justicia, así en lo principal de la controversia como en el modo y forma de los procedimientos (2). Habia dicho en voz baja al Patricio Florente al acabarse el Concilio de Constantinopla, que apelaba á los Concilios

(1) *Sur. ad diem 29. Decemb.* (2) *Lup. Collect. cap. 22.*

de Roma, Alejandría y Jerusalem. Estas palabras ambiguas y dichas secretamente, quiso que tuvieran fuerza de una apelacion formal; y sobre esto se arguyó vivamente en unas conferencias que ordenó el Emperador, para hacer revisar las actas del Concilio y afirmarse de su fidelidad. Crisafio, que gobernaba despóticamente el Imperio y al Emperador, queria á la sombra de la disension y conmocion de los ánimos, sacar á Eutiques del mal paso en que estaba; pero toda su trama solo sirvió para hacer mas auténtico este monumento de respeto á los primeros jueces de la fe, segun el orden de sus Sillas. No fueron mas ventajosas al novador, á quien favorecia, las cartas de Teodosio á San Leon, compuestas por el mismo privado. Es cierto que el Papa prevenido al principio por las imposturas del sectario y por una recomendacion firmada del Emperador, formó alguna sospecha sobre el Concilio de Constantinopla, como lo mostró en sus cartas al Patriarca Flaviano; mas este le quitó en breve sus temores, refiriéndole en su contestacion clara y concisamente cuanto habia en el asunto. Eutiques, le dijo, quiere renovar las heregias de Apolinar y Valentino, afirmando que antes de la Encarnacion habia en Jesucristo dos naturalezas, la divina y la humana, pero que despues de esta union no hay mas que una. Que el cuerpo del Salvador formado de María no es de nuestra sustancia, ni aun consubstancial á su Madre, aunque se llame cuerpo humano. Se le ha condenado en vista de las

acusaciones bien probadas del Obispo Eusebio, y despues de haber oido sus mismas contestaciones en el Concilio, donde se descubrió á sí mismo, como lo vereis en las actas que acompañan á esta carta (1).”

„Tiempo es ya de enteraros de esta causa; pues Eutiques despues de una condenacion tan justa y tan regular, en vez de reconciliarse con Dios por la penitencia, en vez de consolarnos en el dolor que nos ocupa por su perdicion, no se ocupa mas que en esparcir la disension y la zizaña en nuestra Iglesia, sublevando las potestades contra ella. Por vuestras cartas vemos que ha hecho llegar sus imposturas hasta los oidos de vuestra Santidad, á quien dice sin vergüenza que ha apelado de nuestra sentencia. Muévaos, santísimo Padre, esta nueva falsedad, á repeler con vuestra entereza la injuria de la Iglesia y la nuestra. Mirad este asunto como vuestra propia causa, fortificad la fe del Emperador, y poned el sello de vuestros decretos á una condenacion canónicamente pronunciada. Se ha divulgado la voz de un Concilio mas numeroso, ¿y qué necesidad tenemos de un nuevo Concilio, que en las circunstancias presentes puede alterar la paz de todas las Iglesias? Esta causa no necesita mas que el concurso de vuestra confirmacion y autoridad.” Este Concilio, cuya voz corria en Oriente, y que Flaviano con los demás Obispos ortodoxos no creían de modo alguno necesario, era sin embargo un Concilio ecuménico. Mas estaban persuadidos de que el Concilio particular de Constantinopla

(1) Concil. Chalced. part. 1. cap. 4.

confirmado por el Papa y recibido por las demás Iglesias, tenia igual derecho á la sumision del juicio de todos los fieles. La carta de Flaviano junta á las actas de Constantinopla, dejó frustrada la astuta manobra del heresiarca en la Iglesia Romana.

23. Sin embargo, él no decayó de ánimo; este monge hipócrita que hacia escrupulo de poner el pie fuera de su monasterio, se revolvió á todas partes; y tomando con el espíritu de la heregia el de la astucia y la intriga, le ocurrió escribir al Obispo de Ravena para atraerle á su partido. Entonces era esta ciudad la Silla del antiguo imperio; y ganando al Obispo Pedro Crisólogo, además de que su mérito extraordinario daria un gran esplendor á su secta, pensaba el novador de que la corte imperial de Occidente llegaria así á serle mas favorable que la de Oriente. Pero el santo Obispo era mas humilde y mas firme en la fe, que ilustre por su dignidad y grande ingenio. Contestó á Eutiques, que no habia podido leer su carta sin experimentar un amargo dolor; y que valiendo la ley de la prescripcion en las cosas humanas despues del trancurso de treinta años, era muy extraño que despues de tantos siglos se arguyese contra la ley divina sobre la generacion de Jesucristo. Que de ningun modo podia corresponder mejor á su confianza, que exhortándole á humillarse á la doctrina del Romano Pontífice, pues el Príncipe de los apóstoles que gobierna la Sede apostólica, enseña allí la verdadera fe á los que la buscan. Que él mismo era el primero en hacer lo que le aconsejaba, y que nunca se en-

trometeria en tal asunto sin el asenso del Obispo de Roma (1). No queria esto el heresiarca, el que tuvo mejor suerte con Dióscoro.

24. Una afectacion de sistema mas que de carácter, y una serie bien urdida de artificios, habian elevado á este hombre peligroso á la Cátedra patriarcal de Alejandria. Hipócrita muy diverso de Eutiques, y que sin sujetarse como este corruptor austero á las observancias exteriores y penosas de la virtud, con un porte mundano y un fausto enteramente secular, con costumbres mas que dudosas, con injusticias evidentes y verdaderas concusiones, queria pasar por un santo, exigiendo hasta las demostraciones de veneración y respeto con el terror de su despotismo, y con las tramas de una multitud de tiranos subalternos, que vinculaban á su suerte el amor de sus mismos vicios y la confianza de la impunidad. Era un genio emprendedor y obstinado, y de un atrevimiento que no se paraba con la perspectiva de las estremidades mas funestas; tal en fin, cual era necesario para hacer famosos los delirios de un entusiasta obscuro, y ocultar lo estravagante de sus opiniones. No podia el heresiarca haber escogido mejor protector entre todos los Prelados; y ya el eunuco Crisafio conocia suficientemente al Obispo de Alejandria para fundar en él el éxito de sus malos intentos contra la Iglesia, ó mas bien contra la Princesa Pulqueria: lo que le interesaba mucho mas que todos los asuntos eclesiásticos y que las vanas ideas de un devoto fingido.

(1) *Concil. Chalced. part. 1. cap. 15.*

25. Procuró indisponerla mas y mas con la Emperatriz, con el fin de estorbar su reconciliacion con el Emperador su hermano, lo cual le salió á medida de sus deseos. De esta desavenencia, y mas todavía de la envidia natural de que las mugeres aun del mayor mérito se dejan á las veces dominar, provino, que tratando Pulqueria á Eutiques de herege, Eudisia se declaró abiertamente por este novador. No se cansó mucho Crisafio, que conocia á Dióscoro, en buscar artificios para paliar su proposicion (1). Escribióle ingenuamente que le prometia favorecerle en todo si queria tomar la defensa de Eutiques, y declararse contra Flaviano. Eutiques hizo relacion de su causa á Dióscoro al propio tiempo, y Dióscoro escribió al punto al Emperador, que era indispensable reunir un Concilio universal; lo que logró con facilidad teniendo á su favor al eunuco y á la Emperatriz.

Convocóse el Concilio para el dia 1.º de Agosto, y se dió orden á Dióscoro para que eligiese diez Metropolitanos de su provincia, otros tantos Obispos idóneos para sostener la fe, y que con ellos marchase á Éfeso. Se espidieron órdenes para las demás provincias, y no se admitió generalmente á los Prelados por su carácter episcopal que solo los constituye jueces de la doctrina, sino bajo de ciertas condiciones y suponiendo algunas cualidades, cuyo examen daba lugar á escluir á todos los que quisiesen. Los que temian en particular por sus luces y su opinion cono-

(1) *Nicephor. lib. 14. cap. 7.*

cida contra la nueva doctrina, tales como el célebre Teodoreto, fueron escludidos con el pretesto especioso de que propendian al nestorianismo. Con el mismo pretesto y teniendo recelo, decian, que los fautores de Nestorio no maniobrasen sobre la eleccion de un presidente de su partido, el Emperador eligió á Dióscoro por un acto de plena autoridad, tan irregular como injurioso al Papa, á quien jamás se habia disputado el derecho de presidir en los Concilios generales.

26. No podian ocultar sin embargo, que fuera un atentado celebrar un Concilio ecuménico sin noticia del Obispo de Roma, y que en aquellas circunstancias era indispensable su consentimiento. Noticiósele, pues, la convocacion, pidiéndole con una deferencia artificiosa que asistiese personalmente. „La religion de Teodosio, dice con este motivo San Leon en su epístola al Concilio (1), haciéndole respetar la institucion divina ha recurrido á la autoridad de la Sede Apostólica para la egecucion de su piadoso intento, como si hubiera deseado aprender la verdad de la propia boca de Pedro.“ Mas el sabio Pontífice se guardó de salir de Roma en estas circunstancias, porque además del uso contrario y de las razones generales, su espíritu penetrante y piadoso le hacia ante- ver otros óbices, y aun hubiera querido impedir este fatal Concilio; y así hizo todo cuanto pudo, pero en vano, para que el Emperador cambiase de resolucion, á lo menos en cuanto al lugar de la asamblea. Por fin creyó mucho mas arriesgado oponerse

(1) *Epist. 15. edit. Paris. 1671.*

absolutamente á la celebracion de este Concilio, y envió tres legados, Julio, Obispo de Puzzol, con el presbítero Renato y el diácono Hilario. 27. Entonces escribió á Flaviano de Constantino- pla aquella admirable epístola, que no quiso ver este falso Concilio, y la que después recibió el santo Concilio de Calcedonia como un oráculo pronunciado por la boca misma de Pedro (1). Para dárla mayor autoridad, algunos autores fidedignos refieren ciertos prodigios, y afirman que el Príncipe de los Apóstoles influyó en su redaccion de un modo superior á la proteccion especial con que favorece á la Iglesia Romana; mas la sola lectura de este monumento divino es suficiente para hacerle apreciar cuanto merece.

Principia el santo Pontífice haciendo notar la ignorancia y falta de rectitud de Eutiques. „¿Qué estudio de las Escrituras, dice, puede suponerse en este raro doctor, que parece que no sabe los primeros artículos del símbolo? Este viejo falto de prudencia, que ignora hasta el modo de concebir pensamientos dignos de nuestros sublimes misterios, y de escuchar á los que son mas sabios y doctos que él, no ha conocido aun lo que se hace confesar á todos los que son regenerados por el bautismo. ¿No parece que el Salmista habla de este obstinado, cuando dice, que no quiso comprender para dispensarse de obrar bien? ¿Y qué es lo que necesitaba comprender? La fórmula comun sola, por la cual los fieles hacen profesion de creer en Dios Padre Todopoderoso, y en Jesucristo

(1) *Id. Epist. 10. alias 28.*

su único Hijo, nuestro Señor, que nació de la Virgen María por virtud del Espíritu Santo. Confesar que el Omnipotente es Padre; esto es, que le es consubstancial este Hijo, este mismo Hijo que nació de la Virgen sin lesión alguna de su virginidad, por la virtud pura y maravillosa del Espíritu Santo. La generación temporal nada añadió ni quitó á la generación eterna. Mas este Hijo engendrado desde toda la eternidad, no por eso dejó de tomar en el tiempo nuestra naturaleza, que así hizo suya, haciéndose él mismo consubstancial á nosotros: sin lo cual el dominio de la muerte y del pecado, ó la potestad de Satanás, no hubiera podido ser destruída; es decir, que la naturaleza divina y la naturaleza humana se unieron en Jesucristo, para que el mismo mediador pudiese satisfacer sufriendo y muriendo, y permaneciese no obstante inmortal é impasible." Leon establece despues de este exordio con la autoridad de la Escritura todas estas verdades capitales que componen la substancia y la basa del cristianismo: las esplica y las presenta bajo de todos los puntos de vista, y las trata tan clara, noble y exactamente, que mas bien parece oírse al Apóstol Pedro ó Pablo, que á un doctor revestido todavía de carne mortal.

Luego continúa: „nuestro mediador tiene de verdad en su persona todo lo que está naturalmente en nosotros, todo lo que puso en nosotros al tiempo que nos crió, y todo lo que quiso reparar redimiéndonos; mas no tiene lo que el tentador ha sobreañadido en nosotros. Ha tomado la forma del esclavo ó del pe-

cador, pero no la mancha del pecado; y ha realzado la bajeza de la humanidad, sin degradar la divinidad. El anonadamiento con que el Señor y el Criador de los inmortales ha querido hacerse hombre sujeto á la muerte, no es una falta de poder; es un esfuerzo omnipotente de su misericordia; de modo que tomando todas las propiedades de nuestra naturaleza, no ha perdido ninguna de la suya. La naturaleza divina no ha sido alterada por la gracia que nos ha hecho: la humana no ha sido absorbida por la dignidad que recibió; y tan verdaderamente se ha hecho hombre, como invariablemente permanece Dios. Es Dios, porque ante todo principio era el Verbo, y el Verbo era Dios; es hombre, porque el Verbo se hizo carne y conversó entre nosotros. Es hombre nacido de una muger, y sujeto á todas nuestras enfermedades, escepto el pecado; pero todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se ha hecho. Su nacimiento temporal demuestra la naturaleza humana; y este nacimiento por el que nace de una Virgen, demuestra el poder divino. Es un niño en la humildad de la cuna, y es el Eterno ensalzado en lo más alto de los cielos. Búsca le Herodes para darle la muerte; pero los Magos vienen de lo más lejos del Oriente para adorarle. Recibe, como un pecador, el bautismo de Juan; y al mismo tiempo el Dios tres veces Santo le declara su Hijo muy amado. Como hombre es tentado por Satanás, y como Dios es servido por los ángeles. Es claramente propio del hombre sufrir hambre, sed, cansancio, falta de vestido y de sueño;